

1-1-2018

El reino de los cielos como horizonte catequético en el crecimiento de la fe

Juan David Correa Aguirre

Follow this and additional works at: https://ciencia.lasalle.edu.co/lic_educacion_religiosa

Citación recomendada

Correa Aguirre, J. D. (2018). El reino de los cielos como horizonte catequético en el crecimiento de la fe. Retrieved from https://ciencia.lasalle.edu.co/lic_educacion_religiosa/47

This Trabajo de grado - Pregrado is brought to you for free and open access by the Facultad de Ciencias de la Educación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Licenciatura en Educación Religiosa by an authorized administrator of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

**EL REINO DE LOS CIELOS COMO HORIZONTE CATEQUÉTICO EN EL
CRECIMIENTO DE LA FE**

JUAN DAVID CORREA AGUIRRE

**UNIVERSIDAD DE LA SALLE
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
LICENCIATURA EN EDUCACIÓN RELIGIOSA
BOGOTÁ D.C., JUNIO DE 2018**

**EL REINO DE LOS CIELOS COMO HORIZONTE CATEQUÉTICO EN EL
CRECIMIENTO DE LA FE**

JUAN DAVID CORREA AGUIRRE

**Trabajo de grado presentado como requisito para optar al título de
Licenciado en Educación Religiosa**

**Tutor:
DR. JOSÉ MARÍA SICILIANI BARRAZA**

**UNIVERSIDAD DE LA SALLE
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
LICENCIATURA EN EDUCACIÓN RELIGIOSA
BOGOTÁ D.C., JUNIO DE 2018**

UNIVERSIDAD DE LA SALLE

RECTOR:
ALBERTO PRADA SANMIGUEL, FSC

VICERRECTOR ACADÉMICO:
CARMEN AMALIA CAMACHO SANABRIA

DECANO – FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN:
GUILLERMO LONDOÑO OROZCO

DIRECTORA – PROGRAMA DE LICENCIATURA EN EDUCACIÓN RELIGIOSA:
HNO. FABIO CORONADO PADILLA, FSC

LÍNEA DE INVESTIGACIÓN:
EVANGELIZACIÓN, CATEQUESIS Y EDUCACIÓN DE LA FE

TUTOR DE TRABAJO DE GRADO:
JOSÉ MARÍA SICILIANI BARRAZA

Nota de aceptación

Presidente del Jurado

Jurado

Jurado

BOGOTÁ D.C., JUNIO DE 2018

EL REINO DE LOS CIELOS COMO HORIZONTE CATEQUÉTICO EN EL CRECIMIENTO DE LA FE

CONTENIDO

<u>CONTENIDO</u>	1
<u>RESUMEN</u>	2
<u>PALABRAS CLAVES</u>	2
<u>ABSTRACT</u>	2
<u>KEY WORDS</u>	2
<u>INTRODUCCIÓN</u>	3
<u>CRISIS DE LA CATEQUESIS</u>	5
<i>¿Qué es la catequesis?</i>	5
<i>La catequesis antes y ahora</i>	8
<i>Crisis de la catequesis</i>	10
<u>CRECIMIENTO DE LA FE – EDUCACIÓN DE LA FE</u>	13
<u>EL REINO DE LOS CIELOS</u>	20
<i>Las Bienaventuranzas de Mateo 5, 3-12</i>	23
<i>Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos (Mt 5, 3)</i>	24
<i>Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra (Mt 5,4)</i>	25
<i>Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mt 5, 5)</i>	26
<i>Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mt 5, 6)</i>	27
<i>Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mt 5, 7)</i>	28
<i>Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mt 5, 8)</i>	29
<i>Bienaventurados los que buscan la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. (Mt 5, 9)</i>	30
<i>Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos (Mt 5, 10)</i>	31
<i>Las parábolas del Reino</i>	31
<u>CONCLUSIONES PARA UNA CATEQUESIS SEGÚN EL REINO DE LOS CIELOS</u>	35
<u>BIBLIOGRAFÍA</u>	37

RESUMEN

Las siguientes líneas hablan sobre la catequesis en la iniciación cristiana enfocada desde el Reino de los Cielos. En un primer momento se abarca la catequesis, su fundamento y el porqué de su crisis en la actualidad. En un segundo momento se habla sobre la educación de la fe como fundamento para su crecimiento en la vida de las personas creyentes. En un tercer momento se pasa a una reflexión profunda del Reino de los Cielos y su aplicación en la catequesis de iniciación cristiana, para terminar el texto con unas conclusiones que enfocan la catequesis en la construcción del Reino aquí y ahora.

PALABRAS CLAVES

Catequesis, educación y crecimiento de la fe, iniciación cristiana, Reino de los Cielos

ABSTRACT

The following lines talk about catechesis in christian initiation, focused from the Kingdom of Heaven. At first, the catechesis, its foundation and the reason for its crisis are covered today. In a second momento, we talk about the education of the faith as the basis for its growth in the lives of believers. In a third moment it is passed to a deep reflection of the Kingdom of Heaven and its application in the catechesis of christian initiation, to finish the text with conclusions that focus catechesis on the construction of the Kingdom here and now

KEY WORDS

Catechesis, education and growth of faith, Christian initiation, kingdom of heaven.

INTRODUCCIÓN

El cristiano católico ha enfocado la fe en la Tradición de la Iglesia y ha adoptado con respeto las enseñanzas del testimonio cristiano sobre el temor de Dios y el seguimiento a Cristo su Hijo. Excelentes cumplidores de los rituales, ceremonias y actos religiosos que les competen como miembros de la Iglesia, bautizados en agua y espíritu. Pero si se analiza la fe, los actos, las propias vidas ante la luz de la Palabra, se puede ver lo que en realidad pasa; se ha caído en el cumplimiento de la Ley y se ha olvidado el seguimiento a Cristo, la imitación de su persona y, lo más importante, la construcción de su Reino acá en la tierra. Los cristianos católicos se han vuelto expertos en ceremonias religiosas pero ignorantes en el verdadero sentido del bautismo. Se vive una profunda crisis en la educación de la fe, factor importante de un cristianismo mediocre.

¿Por qué crisis? Porque la catequesis enseña solo el cumplimiento de rituales y tradiciones católicas para llenar iglesias y templos, insistiendo en el aprendizaje memorístico de oraciones y rezos a los que se les ha perdido el sentido. Hoy en día la catequesis se realiza con un corto proceso de memorización de oraciones, fórmulas y contenidos teológicos más bien ajenos a la propia experiencia de vida. Esta catequesis se lleva a cabo con el solo fin de recibir unos sacramentos y con el peligro de no llevar a la experiencia viva de Jesús, sino a un cumplimiento de rituales, ceremonias y liturgias estancadas, incapaces de salir en busca de los pobres, de Cristo mismo y su Reino. Se recalca el nombre de cristianos católicos por el solo hecho de recibir el sacramento del bautismo, pero cabe preguntarse: ¿viven conforme a ese nombre que hace referencia a la vida de un Hombre que habló y vivió a Dios, y reveló a sus contemporáneos el

rostro de Dios, puesto que pasó por este mundo haciendo el bien? Como personas que profesan esta fe, ¿pasan por este mundo haciendo el bien?

Qué difícil es hacer el bien en una realidad que interpela cada día más, debido a los veloces cambios sociales, que han llevado a replantear el sentido de la vida, ante lo económico, lo político, lo social y lo religioso. Dentro de este sinnúmero de mutaciones socio-culturales, se puede ver la forma como se trata a la vida: desde principios únicamente productivos y laborales, que dejan a un lado la dignidad de cada persona, el respeto por el prójimo, y se cometen actos de injusticia respaldados por el hombre mismo. Y es ante esta realidad de injusticias a la que el verdadero cristiano está llamado a responder, de forma que, por medio de su vida basada en Cristo, revele el mensaje del amor que acoge, perdona y salva, que deja ver el rostro de Dios y permite que el hombre sea Dios mismo acá en la tierra. ¿El creyente es ese reflejo de Dios acá en la Tierra?

Para ver la importancia de poner como eje transversal el Reino de los Cielos dentro de los procesos catequéticos de crecimiento de la fe, se analizarán los términos siguientes: Catequesis y su crisis hoy en día; crecimiento de fe dentro de la labor educativa de la catequesis; Reino de los Cielos como el centro de la enseñanza de Cristo ante la problemática anteriormente trabajada.

Para cada término se tendrán en cuenta unas variantes salientes de cada uno, las cuales delimitan el análisis y la reflexión sobre la vivencia del Evangelio ante la acción catequética.

CRISIS DE LA CATEQUESIS

Se puede iniciar este capítulo aclarando qué es la catequesis, cómo se comprende desde la historia y qué ha llegado a ser hoy en día con respecto a sus orígenes, para luego comprender el porqué de su crisis.

¿Qué es la catequesis?

La catequesis es el proceso que se lleva a cabo para la afirmación y maduración de la fe. Este proceso es dado mediante el primer anuncio del Evangelio, del mensaje liberador de Jesús, en donde se realiza la iniciación cristiana y se hace una opción libre por seguir a Jesús y actuar según él, a favor de la construcción del Reino. Dentro de la catequesis es esencial la vivencia de la fe, por medio del testimonio de quienes dan a conocer el mensaje de Cristo. Su fin no es el cumplimiento sacramental, sino, madurar la fe en Jesús, para que el iniciado viva según Jesús y enfoque toda su vida hacia él.

El catecismo de la Iglesia católica nos revela el objeto de la catequesis: la iniciación cristiana, la vivencia inicial de Cristo resucitado, puesto que mediante “el bautismo, la confirmación y la Eucaristía, se ponen los fundamentos de toda vida cristiana” (Conferencia Episcopal de Colombia, 1993, pág. 319). La catequesis es el momento inicial para todo aquel que quiere ser partícipe de la revelación divina, de la gracia de Dios dada a los hombres, y la catequesis como tal debe proporcionar un ambiente de real experiencia cristiana. No en vano aclara el Catecismo de la Iglesia Católica que, dentro de la iniciación cristiana, el bautismo es la liberación del pecado y la restauración de la dignidad del hombre como hijo de Dios y partícipe de la

construcción del Reino que instauró Cristo; la Eucaristía es la participación con toda la comunidad de fe en el sacrificio de Cristo; es la unión con el Amor; comida pascual en la que se recibe a Cristo para la propagación de su mensaje de vida mediante el testimonio que se profesa en el sacramento de la confirmación, que da la plenitud de la gracia bautismal con la fortaleza especial del Espíritu Santo, para hacer realidad el compromiso de vivir como Cristo en sus palabras y sus obras (Conferencia Episcopal de Colombia, 1993, págs. 320-368).

Muchas veces se confunde la catequesis con el primer anuncio de la Palabra y se cae en el error de formar en la misión de evangelizar sin antes percatarse de tener una sólida fe construida en Cristo. La tarea de anunciar la Palabra conlleva ya con antelación una respuesta a la vocación cristiana; la catequesis en cambio, prepara para esa respuesta y educa para dicha misión. Por eso, la misión de la catequesis parte de un anuncio ya hecho e introduce a los conversos en las verdades de fe. Pero no es nuevo que dentro de la preparación a los sacramentos de iniciación haya que anunciar primero el evangelio para que puedan creer y convertirse a Cristo, “asegurar la conversión” (Congregación para el Clero, 1990, pág. 70). El directorio general para la catequesis aclara la tarea de la catequesis ante la evangelización y el primer anuncio:

El momento de la catequesis es el que corresponde al periodo en el que se estructura la conversión a Cristo, dando una fundamentación a esa primera adhesión. Los convertidos, mediante una enseñanza y aprendizaje convenientemente prolongado de toda la vida cristiana, son iniciados en el misterio de la salvación y en el estilo de vida propio del Evangelio. Se trata, en efecto, de iniciarlos en la plenitud de la vida Cristiana (Congregación para el Clero, 1990, pág. 70).

La catequesis hace posible la maduración de la fe, llevando a la propia vida las verdades proclamadas por la Iglesia dentro de la Tradición, pero basadas y enfocadas en la Verdad de Cristo, su Misterio Pascual, que es el amor revelado que Dios tiene a la humanidad. El proceso

de la catequesis debe llevar a un afianzamiento claro y consciente de la fe en Jesús y su palabra, proceso que impulse activamente a ver la realidad vivida llena de injusticias y pobreza con los ojos de la fe, para discernir y actuar a favor de la transformación de dichas realidad según el Reino anunciado por Jesús, en donde la vida es lo primordial. En este sentido Siciliani afirma:

Una catequesis que busque dar razón de su fe y que sea aporte de sentido al mundo de hoy, ha de pensarse y actuar desde el reconocimiento del caminar junto a otras propuestas de constitución de humanidad, buscando promover contextos más amplios de comprensión entre evangelio, cultura y religiones (Siciliani, 2012, pág. 15).

Es por eso que al concluir su escrito sobre los relatos de fe desde la teología narrativa, Siciliani presenta dicho desafío de la catequesis ante la vida y la cotidianidad. “Evitar el riesgo de una reducción de la fe a una experiencia intimista sin agarre en los procesos sociales. (...) Inmiscuirse en la vida-historia de los evangelizados para poder sembrar allí la fe” (Siciliani, 2012, pág. 134).

La catequesis no puede centrarse únicamente en la preparación a la celebración de los sacramentos, debe ir más allá del sólo cumplimiento ritual dentro del cristianismo. Debe llevar a la vivencia plena y total del Evangelio, en donde se tenga en el corazón y en la vida el mensaje central de Jesús: “Que os améis los unos a los otros como yo los he amado” (Jn 15, 12). Dar a conocer a Jesús y su mensaje es lo central dentro de la catequesis, actuar como Jesús y construir el Reino es el fin de la catequesis. Ahora bien, comunicar el mensaje de Jesús es hacer posible que la fe se suscite mediante el testimonio de vida cristiana. Llegar a tener una catequesis viva para despertar la fe se puede hacer concreto desde la vitalidad, la alegría y la profundidad de la misma catequesis, procurando no solo alimentar y enseñar la fe, sino de suscitarla.

Esto requiere un esfuerzo por parte de los catequistas en formarse y actualizarse constantemente. Pero también es necesario el testimonio de vida, de forma que no solo de palabras se comunique a Cristo, sino también de obras en la vida misma, suscitando así la fe en Cristo Jesús. Luis Benavides vislumbra tres momentos de la catequesis propios de la experiencia de Jesús, en donde la situación de la vida real es un inicio a tener en cuenta para llegar a anunciar la palabra de Dios y que de este anuncio nazca la respuesta de fe o compromiso con el Reino y su construcción acá en la tierra (Benavides, 2008, págs. 27 - 32). La catequesis tiene que ser, pues, vivida y viva.

La catequesis antes y ahora

La acción catequética, desde las primeras comunidades cristianas, ha sido un elemento primordial para la realización de la tarea dejada por Jesús de ir por todo el mundo a evangelizar, a dar a conocer esa buena nueva que es la llegada del Reino de los Cielos para todos. La catequesis lleva a la afirmación y maduración en la fe¹, desde una opción libre y consciente por seguir a Jesús y actuar según él, a favor de la realización de dicho Reino presente. Desde un principio, la catequesis llevaba consigo un proceso intenso y extenso, en donde los candidatos se preparaban poco a poco para ser parte de la comunidad cristiana como tal, proceso que llegaba a durar varios años y dependía de la afirmación y maduración de la fe en cada persona y de la confirmación de la comunidad creyente.

¹ Entendemos esta *maduración* como un auténtico camino de conversión, de lucha y crecimiento espiritual, de progresiva inserción en Cristo y en la Iglesia. (Cfr. Conferencia Episcopal de Colombia. *Directorio Nacional para la Catequesis en Colombia*, 75.)

Ya el ser parte de la comunidad cristiana implicaba no solo el recibir los sacramentos, como el bautismo, la confirmación y la Eucaristía, sino que conllevaba una vida completamente volcada a Cristo, a su mensaje y, en especial, a la construcción del Reino, como “la expresión que Jesús utilizó para decir dónde y cómo podemos los seres humanos encontrar a Dios, (que es) el sentido de la vida y el destino de la vida” (Castillo, 2004, pág. 469). Reino caracterizado por la profunda decisión de dar vida y en abundancia, es decir, de dignificar a la humanidad, a los pobres, enfermos, viudas, prostitutas, excluidos, marginados... dar vida. La catequesis llevaba a una completa experiencia con Cristo vivo².

Hoy en día la catequesis es diferente y más bien alejada de su motivación kerigmática, arrebatada de su misma fuente que es la palabra de Dios y enfocada únicamente en la repetición de fórmulas y credos doctrinales. A pesar de los esfuerzos hechos por los agentes pastorales que estuvieron llenos del entusiasmo y aire renovador del Concilio Vaticano II, pues invitaba a “volver a la fuente primaria que es la palabra de Dios, a reflexionar sobre ella en función de la educación de la fe y a ubicar la catequesis en un proyecto renovado de la Iglesia” (Alberich Sotomayor, 2009, pág. 20). Se ha dejado a un lado la verdadera experiencia cristiana vivida en la comunidad de fe, para confirmar más bien a cuanta cantidad de personas sean posibles en la pasiva participación de sacramentos y rituales religiosos, con la sola condición de memorizar y repetir. Una fe muerta que desconoce completamente la alegría del evangelio y la renovación en Cristo a la que ésta conlleva.

² Es una experiencia que se vive dentro de la comunidad, es una fe comunitaria y compartida que crece y se alimenta de las diferentes experiencias de cada uno de los miembros de la comunidad creyente. A parte de esto, se tiene el adjetivo de “vivo”, es decir, que se vive a Cristo resucitado, presente en medio de la comunidad, lo cual invita a ver en el otro (alteridad) al mismo Señor.

Crisis de la catequesis

No se puede negar, pues, que la catequesis, la forma de enseñar la fe cristiana, está en medio de una crisis, vivenciada por la comunidad de fe. Una crisis que deja ver claramente la poca efectividad de la catequesis y el vano esfuerzo de los agentes de pastoral, especialmente en la iniciación cristiana. “Es una constatación preocupante: en muchos lugares la catequesis de iniciación en realidad no inicia sino que, paradójicamente, concluye” (Alberich Sotomayor, 2009, pág. 21). Esta incoherencia en la catequesis desvela cierto desacierto del trabajo que se ha estado haciendo en la preparación a los sacramentos. Se prepara a los niños y jóvenes con rezos y fórmulas, como si fueran a presentarse a las “Pruebas Saber” y se evalúa el proceso catequético centrándose en la doctrina: si los catequizados están o no bien adoctrinados en lo religioso, aunque nunca más vuelvan a tocar estos temas, porque ya han presentado la prueba. Es por eso que la catequesis tradicional no genera en las personas sentido alguno, ni conlleva a la proclamación del mismo evangelio. Bien aclara Alberich:

Bautizos, primeras comuniones, bodas, funerales, aniversarios: estamos ante ceremonias y ritos sagrados que no parecen corresponder a una vivencia real de fe cristiana. Si los sacramentos son de por sí signos de fe, los agentes pastorales saben cuán difícil es querer ofrecer sacramentos a quienes piden un rito de paso o el cumplimiento de un imperativo social (Alberich Sotomayor, 2009, pág. 24).

En este horizonte se educa en la fe entendida como un cumplimiento de requisitos y de exigencias y nada más. Se puede decir que la vivencia de la fe así recibida es de sufrimiento y angustia por el deber de cumplir con las exigencias doctrinales de un Dios desconocido. La verdadera educación y vivencia de la fe impulsa a conocer el verdadero rostro de Dios vivo, no sólo en los sacramentos, sino también en la misma comunión con los demás.

Es preocupante, entonces, la forma como el mismo cristiano de nombre toma el hecho religioso en la actualidad, puesto que la vivencia de la fe en Cristo es algo que se puede dejar a un lado en la propia vida, se relativiza la palabra de Dios y se toma a la ligera la pertenencia a una comunidad de fe. El cristiano no vive como tal, no es otro Cristo acá en la tierra y sí que menos construye Reino, porque no es prescindible en la vida. Los que son así formados en la fe retoman el título de cristianos para el simple cumplimiento de tradiciones porque “siempre se ha hecho así” y esperan con impaciencia el sacramento de confirmación para terminar la iniciación cristiana y no volver jamás a recurrir los sacramentos; y si se hace, es muchas veces por obligación tradicional, social, moral o religiosa. Pero la catequesis debe llevar a conocer el amor de Dios, para poder creerle a Dios y difundirlo a los demás mediante el testimonio y la vivencia del evangelio.

La catequesis, en la iniciación cristiana, reclama un cambio significativo y profundo de su adoctrinamiento y enseñanza; debe volcarse nuevamente a la palabra de Dios vivida, teniendo en cuenta la propia evangelización, la pastoral misionera, la inculturación, la personalización de la fe y la formación de comunidades de fe (Alberich Sotomayor, 2009, pág. 34). Debe preparar para iniciar en la fe y velar por la continuidad en ella, en donde la educación de la fe es primordial y la formación permanente es indispensable. Hay que formar confiadamente en la Palabra que se revela en el mundo actual, enfatizar en el compromiso de ser creyentes para la formación de cristianos que en verdad quieran ser Cristo en la Tierra con actitudes claras de fraternidad y comunión, de servicio a la construcción del Reino de los Cielos, de entrega preferencial por los pobres y menos favorecidos de este mundo.

El directorio General para la Catequesis presenta un amplio panorama de la labor catequética en la actualidad (Congregación para el Clero, 1990), recalcando inicialmente que ésta debe iniciar a los catecúmenos y a los catequizandos en una lectura teológica de los acontecimientos modernos que interpelan a la sociedad, de forma que se oriente el pensamiento y la acción a la manifestación de la dignidad inviolable de toda persona humana, puesto que la catequesis debe preparar a las personas en esta construcción mutua del Reino.

Se pone en tela de juicio el tipo de cristiano que se ha estado formando gracias a las labores pastorales catequéticas: personas bautizadas cuyas vidas son ajenas a todo lo que tiene que ver con el ser cristiano; personas que viven, aunque con amor y verdad, una religiosidad popular, que muchas veces ha sido fomentada por los diferentes rezos y formas doctrinales con poco sentido evangélico; cristianos que solo han recibido una formación inicial pero en quienes la fe llegó hasta la ceremonia de la confirmación. Ante dicho panorama, estas personas gritan con urgencia la aplicación de una nueva evangelización, de una renovada manera de dar a conocer a Cristo y que esta formación sea constante y permanente.

No se puede desconocer que, gracias a la reflexión de la realidad y a la lectura de los signos de los tiempos, la Iglesia ha respondido a dichas situaciones que reclaman la fe de los fieles. Se busca entonces, que la catequesis adquiera fuertemente el talante de la formación integral que lleve a la verdadera conversión a Cristo.

La liturgia es comprendida más profundamente como fuente y culmen de la vida eclesial; el Pueblo de Dios ha adquirido una conciencia más viva de la llamada vocacional a la santidad y a la caridad; la comunidad eclesial ha adquirido un sentido más vivo de la Palabra de Dios; y la misión de la Iglesia en el mundo se percibe más desde la promoción humana, la necesidad del diálogo con el mundo,

con las culturas, con las religiones y la búsqueda de la unidad entre los cristianos (Congregación para el Clero, 1990).

CRECIMIENTO DE LA FE – EDUCACIÓN DE LA FE

Para dar inicio a esta reflexión sobre la educación de la fe y su crecimiento, se aborda el concepto de fe desde la visión teológica.

Los escolásticos hablan de la fe, *fides*, en dos sentidos. El primero es la fe como acción de creer: *fides qua creditur*. El segundo, lo que se cree, *fides quae creditur*. En el primero de estos sentidos, lo que es importante es la confianza, el entregarse a aquel de quien uno cree. En el segundo sentido, la fe involucra la aceptación de lo que se cree. Ciertamente, estos dos van aparejados, puesto que la confianza requiere un objeto, y lo que se cree determina el carácter de la confianza que se tiene (González, 2010, pág. 123).

Se comprende, entonces, que la fe es una respuesta del hombre a una realidad espiritual que implica la entrega y total confianza en lo que se cree y a quien lo comunica. Una fe que se defiende y se promueve, que se vive y se da a conocer.

Dentro del ámbito cristiano, la fe es creer en Cristo Jesús, como el Hijo de Dios y salvador. Creer en el mensaje que Jesús mismo predicó, un mensaje lleno de esperanza para los que sufren, para los pobres, para los excluidos, en pocas palabras, para los que son los privilegiados por Dios. La fe en Cristo se da desde un proceso que inicialmente acoge el Evangelio en su núcleo: el kerigma. Esta acogida se produce por la escucha atenta a la Palabra revelada. La fe se da como confianza ante de dicha Palabra, que lleva a la transformación del ser humano mismo y de su realidad, gracias a la confianza y creencia en el amor que da Dios por medio de Jesús. “La fe es respuesta a una oferta de amor y posibilidad de participar en la vida del amado, en su pensamiento, en su manera de ser” (Gelabert Ballester, 1992, pág. 235).

La fe es una característica inserta en la vida de las personas. En efecto, desde sus orígenes se habla de la capacidad del ser humano de concentrar su vida, su alma, sus fuerzas en la fe, tanto como en la creencia en algo o alguien. La fe cristiana se basa en la confianza que tenemos en la Palabra predicada de generación en generación sobre la vida de Jesús y su acción salvadora, quien da a conocer el verdadero rostro de Dios a las demás personas, mediante su palabra y su testimonio de vida.

La fe, de cierta forma, hace desbordar lo meramente humano en las personas, ya que proviene de la experiencia misma que se da dentro de una comunidad reunida. Bien lo dice Gelabert:

La fe no comienza en el área de lo religioso, sino que es una dimensión permanente que hace posible la vida y el progreso humano; por eso, lejos de infantilizar, humaniza y está presente en todas las etapas de la vida; y además, lejos de ser irracional, exige el pensamiento y lo llama a su verdad (Gelabert Ballester, 1992, pág. 235).

La fe es un acto de confianza hecho desde la madurez personal, no se basa en irracionalidades ante unas verdades proclamadas, sino que es desde la experiencia misma que lleva a proclamar plena confianza en lo escuchado y vivido por la Palabra. Ante esta escucha, se puede llegar al amor a Cristo y su mensaje, a la pasión por el Reino.

Muchas veces se cree que la fe se es como una herencia familiar que se va dando continuamente a los miembros o que es como una transmisión de conceptos y creencias tenidas como verdaderas y que al aceptarlas se puede confirmar la fe dentro del depositario. Pero hay que aclarar que la fe es experiencia vivida, discernida y acogida, que ante la propia convicción, lleva

a la realización humana, puesto que, al ser comunicada, la fe, por la palabra o el testimonio, se acoge y se vive conscientemente.

Un aspecto importante de la fe es el encuentro, tanto consigo mismo como con los demás. “Sólo se conoce la hondura personal en la medida en que se cree a la persona en sí misma que se te abre libremente” (Gelabert Ballester, 1992, pág. 235). La apertura al otro es cuestión de fe, de confianza e intimidad. La fe en Dios lleva a la fe en los hombres. Es un acto de amor el mismo hecho de querer formar parte en la vida del otro por el simple hecho de creerle; esto mismo es la fe en ese Dios que Jesús revela. Lo interesante de la fe es que no es impuesta ni obligada, es comunicada y, por tanto, propuesta; es una llamada a participar en una comunión vivida con sentido. Por tanto, la fe cristiana es esa respuesta a vivir en comunión con Dios y con las personas. “La fe es respuesta a una oferta de amor y posibilidad de participar en la vida del amado, en su pensamiento, en su manera de ser” (Gelabert Ballester, 1992, pág. 235).

La fe es un don, un regalo dado a los hombres, y no por cualquier otro hombre, sino por Dios mismo en su Hijo Jesucristo. Así la presenta el evangelio de Juan: “Yo he venido al mundo como luz, y así, el que cree en mí no quedará en tinieblas” (Jn 12, 46). La encíclica del Papa Francisco, *Lumen Fidei*, enfoca claramente lo que es la fe para el hombre y la sociedad en común, porque “la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar toda la existencia del hombre” (Francisco, 2013, pág. 10). He aquí que dicha fe solo puede venir de Dios, de su amor incondicional, fe que nace del encuentro con Dios vivo.

La fe está centrada en Cristo y su palabra liberadora; consiste, concretamente, en confesar, desde la verdad, la razón, el entendimiento y la experiencia misma, que Jesús es el Señor, que al morir por nosotros, Dios lo resucitó. Se cree pues que “la vida de Jesús se presenta como la intervención definitiva de Dios, la manifestación suprema de su amor por nosotros” (Francisco, 2013, pág. 24), y que por consiguiente la fe es “creer en el amor pleno, en su poder eficaz, en su capacidad de transformar el mundo e iluminar el tiempo” (Francisco, 2013, pág. 24). Esta es la fe, esto es lo que los bautizados deberían confesar y difundir a los demás. Pero si la comunicación de la fe cojea, los que la viven así se quedan tan solo con el cumplimiento y dejan a un lado el poner en práctica ese amor que se dona de parte de Dios.

La fe profesada, como don que es, hay que cultivarla para que dé frutos y en abundancia; frutos que se den a conocer en la cercanía con las demás personas, con el prójimo y con los no tan próximos. Se puede entender como esa semilla que se riega en toda clase de tierra árida, seca, fértil, en toda clase de campos preparados y dispuestos y hasta en los que no. Amor que se riega en toda clase de corazones disponibles, abiertos, heridos, cerrados, liberados; semilla comprendida como ese amor de Dios hecha Palabra viva a la espera de nuestra respuesta (Mc 4. 3-8).

Pero la respuesta al Amor se da luego de una preparación consciente y comprometida, desde la transmisión de la fe en la misma comunidad reunida. El Papa Francisco escribe:

La fe necesita un ámbito en el que se pueda testimoniar y comunicar... Este medio son los sacramentos, (en donde) se comunica una memoria encarnada, ligada a los tiempos y lugares; implican a la persona, como miembro de un sujeto vivo, de un tejido de relaciones comunitarias (Francisco, 2013, pág. 64).

Aquí entra en juego la misión pastoral de la catequesis: educar en la fe, que inicia a la persona en la vida cristiana, en la vida de Cristo, para que, como bautizados, partícipes de la Eucaristía y confirmados en la fe, se pueda continuar con la misión que Jesús dejó a sus discípulos: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio” (Mc 16. 15). Esta preparación conlleva una respuesta firme al amor de Dios, respuesta resumida en propagar por todo lugar dicho amor ya conocido y acogido en la propia vida; ser Cristo en la Tierra. Es por eso que la catequesis como educación de la fe debe ser preparación de iniciación y de formación continua, de toda la vida, no solo para recibir un sacramento y cumplir con una tradición recibida.

La fe promueve el espíritu misionero de la Iglesia y ella impulsa a los creyentes a participar de esta misión evangelizadora de ir por todos los pueblos, de hacer discípulos, de bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y de enseñar a guardar todo lo que Cristo enseñó (Cfr. Mateo, 28, 19-20); misión que da el camino a seguir para difundir el amor de Dios que se entrega, de donde se fomenta la dimensión misionera, pastoral, litúrgica y profética de cada cristiano en la comunidad de fe (Cardenal Koch, 2012, págs. 57-77). Desde lo más personal del creyente, la labor catequética forma en la conciencia, acorde con el ser auténtico del cristiano que se reconoce con Cristo, como constructor activo del Reino (Monroy Rueda, 2013, págs. 56-58).

Más de dos mil años han pasado desde que Jesús encomendó a sus discípulos proseguir su misión salvífica en la tierra desde la proclamación de la buena noticia a toda criatura. Desde entonces, la Iglesia ha continuado con esa misión de evangelizar a todas las persona, en toda cultura, en todo país, dando a conocer la voluntad del Dios para con la humanidad, revelada en la

persona de Jesucristo. Han sido dos mil años de predicación y anuncio, en donde los contextos y las épocas fueron cambiando constantemente y la Iglesia ha sabido dar su mensaje cristiano, más que todo de forma teórica que práctica.

Desde comienzos del Siglo XX, el mundo ha sufrido cambios repentinos y acelerados, en donde la mentalidad de las personas está influenciada por el secularismo, que intenta construir una sociedad sin Dios. La postmodernidad, caracterizada por un sinsentido ante la vida y sus ideales propuestos, entre los que se destaca el consumismo. Este define al hombre únicamente dentro del placer, el tener y el poder. Ante esta realidad, la acción evangelizadora se ha vuelto complicada y difícil de desarrollar, puesto que se vive una fuerte indiferencia ante lo espiritual, lo trascendente, ante la fe. Es entonces cuando emerge la pregunta de cómo evangelizar en el mundo de hoy, cómo lograr que las personas acojan el mensaje salvífico de Cristo, llevando a cabo la misión encomendada por él mismo de dar a conocer la buena nueva a toda la humanidad.

El cristiano, como creyente y bautizado, está llamado a evangelizar, a dar a conocer su fe, a hacerla acogedora y practicarla desde los valores del reino. Pero es necesario conocer la realidad en que se vive, distinguir los distintos lugares de evangelización, viendo en estos a los pobres y excluidos dentro de los sistemas actuales de control, caracterizados por el sin sentido, la individualidad, el egoísmo y la falta de solidaridad.

La evangelización no es fructífera si aquellas personas que anuncian la buena nueva no dan testimonio de esta fe que tanto predicán. Esto es lo que tanto se ha criticado al cristiano, de profesar una fe que implica una conversión de vida enfocada en el amor a las demás personas y

no llevar a cabo dicho amor. Bien lo dice el evangelio: “En eso conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros” (Jn 13, 35). Las personas necesitan ver obras concretas que den a entender el verdadero sentido del seguimiento de Cristo. Es por eso que el mundo necesita hoy un testimonio creíble de cristianos sencillos, entregados, solidarios, justos, que den testimonio de ese nombre de cristianos en sintonía a la vida de Jesucristo. Los cristianos tienen esa misión de ser auténticos y verdaderos seguidores de Cristo, para que el mundo actual diga: “Miren cómo se aman”, y se contagien de ese amor cristiano.

El ideal de Cristo del Reino de Dios se caracteriza por la unión, la unificación de los corazones a un mismo deseo de justicia, igualdad, derecho. La evangelización debe propiciar esta unión, pues Jesús mismo lo expresa durante la última cena: “Que todos sean uno” (Jn 17, 21). Entonces entra el tema del diálogo ecuménico, caracterizado por el deseo de que los cristianos de diversas confesiones trabajen y oren juntos por la unidad que Jesús tenía en mente al dejar el mandamiento del amor. Este diálogo tiene en cuenta la acción del Espíritu en todas las confesiones cristianas, ya que se tiene en común el seguimiento a Cristo resucitado. Para el cristiano el diálogo interreligioso permite el descubrimiento de las acciones del Espíritu dentro de las otras religiones, descubrimiento que lleva a la comprensión y la tolerancia a las diferentes expresiones religiosas dentro de un ambiente fraternal, en donde el punto de vista de la misma Iglesia no se impone a las demás. Es un gran testimonio cristiano el hecho de querer dialogar con las diferentes religiones, conocerlas, comprenderlas, y de cierta forma aceptarlas como frutos del Espíritu Santo.

Si se considera que la tarea misionera cristiana consiste en evangelizar a toda persona, todo país y toda cultura, entonces se debe someter continuamente a prueba la calidad del testimonio de fe cristiana.

EL REINO DE LOS CIELOS

Si queremos saber qué es exactamente el misterioso ‘Reino de Dios’ hemos de dirigir nuestra mirada a Jesús. Por otro lado, si queremos entender quién es en verdad Jesús, es menester que experimentemos el Reino de Dios³ (Sáez de Maturana, 2014, pág. 429).

Al momento de hablar sobre del Reino de Dios o de los cielos se debe tener en cuenta su significado teológico y prático, puesto que dicho Reino es el centro de la predicación de Jesús y talante de su acción. Conviene, entonces, plasmar aquí alguna definición de Reino de Dios; por ejemplo, la elaborada por Pedro R. Santidrián. Esta definición es clave en la comprensión de este capítulo.

El Reino de Dios, -con más precisión-, “el reinado de Dios”, es una actividad, no un lugar o una comunidad. Ocupa un puesto central en la enseñanza de Jesús. En los tres primeros evangelios el “Reino” significa la venida de la soberanía de Dios. Y la predicación de Jesús sobre el Reino es el anuncio de que una nueva era ha irrumpido sobre nuestro mundo.

El “Reino de Dios” queda instituido de forma definitiva en Cristo. El Reino de Dios se realiza aquí en una tensa espera del “ya, pero todavía no”. Es decir, se presenta como algo no acabado y como algo a construir por los cristianos. Es la utopía evangélica basada en la esperanza de una existencia o mundo definitivo que Dios ha prometido en y por Cristo. El Reino de Dios tendrá su consumación y perfección plena después de la segunda venida de Cristo.

Las condiciones para el establecimiento del Reino se expresan en el Padrenuestro y las bienaventuranzas. Por eso la vida cristiana es lo que distingue a una persona que pertenece al Reino: en su oración, en su comportamiento y en su vida, el cristiano es un hombre del Reino. Por otra parte, las parábolas configuran el

³ J. Moltmann. Cristo para nosotros hoy. P. 13

Reino de Dios: su significado, estructura, funciones (Santidrián, 1993, págs. 386 - 387).

Con Jesús, el Reino ya se instaura en la Tierra, se hace palabra y vida; es en él en quien se cumplen todas las promesas del Antiguo Testamento, y es por él que Dios se revela tal cual es. “En Jesús el Reino ya está presente, como una semilla que se está sembrando en el mundo y un día se podrá recoger la cosecha final; él es su mediador, su vehículo y su presencia” (Sáez de Maturana, 2014, pág. 421). Jesús nos muestra y presenta, con su propia vida, el Reino ya iniciado pero que no ha llegado a su total plenitud: “ya, pero todavía no”. Un “ya” que advierte de su presencia entre los hombres y que está a la espera de que cada ser se haga autor principal del Reino, para que el “todavía no” tenga su plenitud. “Para Jesús, Dios ya ha comenzado a ejercer su plena soberanía liberadora, lo que hace falta ahora es que los hombres lo hagan visible amando a Dios y amándose entre sí” (Sáez de Maturana, 2014, pág. 421).

Jesús hace ver claramente la presencia de este Reino en más de un pasaje evangélico: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Noticia” (Mc 1. 15). “Pero si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios” (Mt 12. 28). “Volviéndose a los discípulos, les dijo: ‘dichosos los ojos que ven lo que veis. Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron’” (Lc 10, 23-24). “El Reino de Dios viene sin dejarse sentir. Y no dirán: ‘Vedlo aquí o allá’, porque el Reino de Dios ya está entre vosotros” (Lc 17, 20b-21). Es el Reino de Dios ya presente pero no en su total plenitud, puesto que las cosas y las acciones de este mundo no son de Dios. El Reino como tal se verá en esplendor en el final de los tiempos (Sáez de Maturana, 2014, pág. 427).

La pasión de Jesús por el Reino es desbordante y llega a la “locura”, no una locura de inconciencia o demencia, sino de llegar a morir por ver cumplirse el Reino del Padre en la tierra, puesto que:

Jesús vive cautivado existencialmente por el Reino. Anunciar el Reino, hacerlo presente, comunicarlo, es la misión que da unidad a su vida. El Reino es la razón de su pobreza, de su celibato, de su disponibilidad; por el Reino se sienta a la mesa con los pecadores, cura, acoge y ama a los marginados... la causa del Reino es para Jesús tan apasionante y absorbente, que todo lo demás queda relativizado (Sáez de Maturana, 2014, pág. 429).

Es entonces que este Reino es el centro del mensaje de Jesús y el camino a seguir para todo ser humano que decide ser cristiano. El Reino de los Cielos es trabajar a favor de los menos favorecidos, de los pobres y excluidos, puesto que Jesús, en medio de su predicación y acción, dio preferencia a la vida de todos, amando, sanando, escuchando, perdonando, dando a conocer el verdadero rostro amoroso de Dios Padre. Con su predicación y sus enseñanzas, Jesús dio inicio al Reino de los Cielos aquí en la Tierra, confrontando la realidad en la que estaba y viendo en ella el sinnúmero de sufrimientos, desesperanzas e injusticias dadas por la sociedad misma desde lo religioso y lo político. El Reino de los Cielos es el llamado a la vida que Jesús hace a quienes le quieren seguir; este Reino es, pues, la vida del ser humano desde la justicia, la dignidad, el amor. “El mensaje del Reino de Dios es buena noticia, ya que es lo más humano y liberador que se puede anunciar a cualquier persona” (Castillo, 2004, pág. 472).

Pero para continuar con la reflexión sobre lo que implica este Reino de los Cielos para todo cristiano, es necesario comprender el fondo del mensaje de Jesús que se encamina hacia dicho Reino de humanidad y liberación. Se tiene en cuenta, entonces, las bienaventuranzas de Mt 5, 3-

12 como punto de partida para conocer el Reino, de forma que se pueda llegar a una propuesta catequética para la educación de la fe desde este texto bíblico y que aporte a la construcción del Reino de los Cielos.

Las Bienaventuranzas de Mateo 5, 3-12

Este texto se conoce popularmente como “Las Bienaventuranzas”, o como el centro del mensaje cristiano, el código ético de aquella persona que se hace llamar cristiano, el estilo de vida del que sigue a Cristo Jesús. Es cierto que estas bienaventuranzas son tan solo el comienzo de todo un sermón (Mt 5-7) que Jesús hace ante las personas que le acompañaban y seguían, un sermón con un completo contenido evangélico, que no solo habla de las recompensas que trae la construcción del Reino, sino de todo lo que implica el mensaje de Jesús y el hacerlo realidad aquí y ahora, en donde se tienen en cuenta elementos como la nueva justicia que se enseña, la cual implica no solo la relación amorosa con Dios, sino también con las personas, y el seguimiento a Cristo o discipulado. Todo este majestuoso tema del sermón de la montaña no será abordado aquí, tan solo se presentará un apoyo en las bienaventuranzas, como núcleo central de este largo sermón de Mateo 5-7.

Ante la interpretación de este texto, es interesante la forma como Poittevin y Charpentier definen las bienaventuranzas: como un grito anunciador del Reino que llega.

Las bienaventuranzas, en boca de Jesús son ante todo un grito. Arraigados en los anuncios proféticos, van desarrollando en imágenes la buena nueva proclamada por Jesús (...). Sin perder nada del vigor de este grito, (...) son una enseñanza: al señalar a los pobres de espíritu y a los hambrientos de justicia, han puesto el acento en las disposiciones internas necesarias para acoger este Reino de Dios. Y así se convierten en una introducción para ese catecismo a los cristianos (Le Poittevin & Charpentier, 1987, pág. 31).

Estas enseñanzas comprenden una opción de vida en Cristo, que parte de la experiencia de los pobres, los no violentos, los misericordiosos y los de limpio corazón. Las bienaventuranzas son una invitación a las personas a sentirse felices y dichosas si son desgraciadas y malditas, pues están dispuestas a recibir el Reino y a hacerlo realidad. Las bienaventuranzas “se nos presentan como un programa de vida cristiana. No quieren sencillamente enseñarnos quién es dichoso, sino quizá sobre todo cómo hay que obrar para participar de esa dicha” (Dupont, 1990, pág. 38).

Es un plan de vida que requiere de unas actitudes y unas consecuencias propias del seguimiento a Cristo y que tiene como centro la justicia del Reino. Si se miran desde una perspectiva catequética las ocho bienaventuranzas del evangelio de Mateo, se podrá descubrir en ellas la radicalidad del Reino y el seguimiento a Cristo.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos (Mt 5, 3)

Jesús es claro desde el primer momento de su predicación al manifestar la radicalidad del evangelio y del seguimiento cristiano cuando declara felices a aquellas personas que, para el mundo, son desgraciadas. La pobreza de espíritu es “la ruptura con las riquezas, (...) con toda posesión, sea la que sea, que impide avanzar por el camino del Reino” (Sáez de Maturana, 2014, pág. 512). La radicalidad de esta bienaventuranza muchas veces se toma a la ligera, interpretándola de una forma más bien cómoda a la propia situación, puesto que se cree que habla sobre el saber manejar las posesiones materiales y las riquezas con tal de no depositar el alma en ellas. Pero la realidad Jesús dice que son bienaventurados, felices, aquellos que “han decidido por propia voluntad ser o hacerse pobres, (puesto que) han sido capaces de renunciar al dinero, verdadero ‘dios’ para no pocos de ayer y hoy, y no sólo al dinero, sino a sí mismos y se

ponen en total disponibilidad” (Sáez de Maturana, 2014, pág. 513). Es una opción de pobreza que va a contracorriente de lo estipulado por el mundo. Es por eso que Jesús dice: “ve, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres” (Mt 10, 21).

¿Cómo se está dando a conocer este importante aspecto del seguimiento de Cristo en la educación de la fe de la catequesis? ¿El cristiano en verdad opta por la pobreza de espíritu, tal como Jesús lo hizo? Pues la realidad es desmotivadora y a la vez desafiante para la evangelización, porque ante un panorama en el que el cristiano no vive con radicalidad la Palabra de Dios, la catequesis debe enfocar sus esfuerzos en devolver la importancia de la pobreza de espíritu voluntaria para el seguimiento a Cristo. Una enseñanza de la fe en Cristo que no promueva la compasión, la misericordia y la opción por los pobres, no debe ser tenida como catequesis cristiana. Si se hacen llamar cristianos, entonces deben ser como Cristo, porque “él, siendo rico, se hizo pobre para enriquecerles a ustedes con su pobreza (2 Corintios 8, 9)” (Sáez de Maturana, 2014, pág. 514).

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra (Mt 5,4)

Esta bienaventuranza tiene mucho en común con la pobreza de espíritu, en el sentido que Jesús llama a tomar una actitud de mansedumbre ante las injusticias de los empoderados y ricos, puesto que dicha actitud conlleva a la confianza en Dios y a la herencia de la tierra en su totalidad. Como contextualización, Jesús tiene claro que la posesión de la tierra es de gran importancia para los judíos y es un factor determinante en la dignificación de las personas. Dicha actitud de mansedumbre es una respuesta que el mismo Jesús da a los opresores de aquel tiempo y de ahora, porque al tomar la “condición de esclavo” rompe completamente el círculo vicioso de

la violencia y la opresión misma. Hay que aclarar, entonces, qué es ser mansos, ya que “la traducción correcta no es ‘mansos’, sino ‘sometidos’. Tampoco es correcto decir ‘humildes’, sino ‘humillados’” (Sáez de Maturana, 2014, pág. 518).

Es una bienaventuranza cargada de contradicciones ante la realidad de hoy día, porque hoy se educa a los niños y jóvenes en el empoderamientos y en la opresión a los menos favorecidos, como instrumentos de prosperidad y éxito. Qué difícil será educar en la fe desde esta perspectiva del Reino, pero es un imperativo del cristiano luchar por los pobres y humillados, pues “los discípulos, si imponerse, porque no tienen medios de poder, han de asumir la tarea de hacer posible que a estas personas que viven sin ninguna dignidad se les permita hallar no una brizna de vida sino la plenitud de la misma” (Sáez de Maturana, 2014, pág. 519). Se debe catequizar desde esta actitud de Cristo para que la experiencia del perdón se haga presente en las vidas de quienes quieren ser cristianos y en la de quienes ya lo son pero no lo saben. “el perdón es el antídoto que impide que el mal se siga reproduciendo (...) ofrece un nuevo espacio donde hace germinar una nueva relación” (Sáez de Maturana, 2014, pág. 520), en donde se construya el Reino de Dios en la tierra desde la justicia.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mt 5, 5)

Son muchas las personas que han sufrido y que actualmente sufren por culpa de las injusticias que surgen de la falta de misericordia y compasión por los demás. Jesús en su sermón del monte no se olvida de ellas, pues es a ellas a quienes se dirige y en quienes deposita la gracia del Reino. Esta bienaventuranza despeja toda duda sobre el plan salvífico de Dios: la consolación plena. Aquí se logra no solo entender, sino llevar al corazón, la razón de optar por ser pobres de

espíritu. Jesús pide vivir en carne propia las injusticias de los menos favorecidos para poder sentir con ellos y consolarlos, ser su voz de aliento y fortaleza de Dios en todo momento para ellos. “Sólo aquellos que son capaces de sufrir pueden servir a los que sufren, renunciando a su propia satisfacción inmediata por razón del bien ajeno” (Sáez de Maturana, 2014, pág. 516).

El cristiano tiene la gran responsabilidad de dar consuelo a los que lloran, a los afligidos, a los oprimidos, a los que están cansados y agobiados por las injusticias; y como misión adherida a la condición de hijos de Dios, deben educar en la fe desde esta radicalidad de Cristo. La catequesis, pues, debe salir de su confort y provocar en los niños y jóvenes iniciados los sentimientos de Cristo, para que, con el camino de las bienaventuranzas, se construya el Reino acá en la tierra, consolando, desde el mismo sufrimiento, a los que sufren. Una catequesis de iniciación cristiana que permita ver las realidades de la personas e impulse al trabajo por la dignificación de ellas mismas.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mt 5, 6)

La opción por la pobreza de espíritu, por la actitud de ser mansos y por consolar a los que lloran conlleva a una profunda necesidad de saciar el hambre y la sed de justicia, porque la necesidad del prójimo se convierte en propia y se lucha para responder a ella. Esta bienaventuranza permite adentrarse mucho más en el rostro de Cristo y el cristiano se va transformando más en él, puesto que “los hambrientos de justicia son también aquellos que tienen hambre y sed de ser fieles a Dios, de cumplir su voluntad” (Sáez de Maturana, 2014, pág. 520). El trabajar por el Reino se

basa, pues, en que doliendo las injusticias de los demás, se haga de este mundo un lugar más justo, más humano, más de Cristo.

Por ende, la catequesis no puede dejar a un lado la respuesta del cristiano a las necesidades de los demás, porque la adhesión a Cristo conlleva al pronto socorro de los necesitados, marginados y oprimidos. Una educación de la fe que incite a tener hambre y sed de justicia, en la que duela ver el sufrimiento de los más cercanos y de los no tanto. Dar a conocer a Cristo es crear consciencia de que la injusticia es producto del egoísmo y del “sálvese quien pueda” generado por el individualismo. El cristiano ha de responder a estas injusticias, saciando a los pobres de tanta opresión.

Es Dios quien los saciará a través de los hermanos, que han hecho de sus vidas un total y absoluto servicio mutuo, verdadero antídoto para cualquier posible injusticia en la comunidad, es decir, considerarse superior y ponerse por encima de los otros (Sáez de Maturana, 2014, pág. 521).

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mt 5, 7)

El evangelio de Mateo incorpora en el discurso de Jesús cuatro bienaventuranzas más, que son enfocadas en la actitud de aquellos que han optado por el Reino, y la primera de estas acciones es la misericordia; entendida no como un simple sentimiento recíproco hacia las dolencias de las demás personas, sino como la ayuda concreta e incondicional a todos los que sufren, y así “eliminar de raíz el sufrimiento” (Sáez de Maturana, 2014, pág. 521). Los misericordiosos son personas a las que “se les parte el corazón ante la miseria, el llanto y el hambre de otros” (Sáez de Maturana, 2014, pág. 522), y hacen todo lo posible por devolver a las personas esa felicidad más bien conocida como el amor, porque también son pobres de espíritu y viven como si fueran propias las penas de los demás. Consuelan a los que lloran.

Enseñar la misericordia a los niños y jóvenes va más allá de inculcar una virtud teologal, puesto que el Reino implica una total adhesión a Cristo y una entrega plena a los necesitados. La catequesis debe tener este talante social porque hace ver los contextos de miseria y un cristiano no tiene por qué quedarse con las manos cruzadas o tratar de solucionar las cosas con pañitos de agua fría. Educar en la fe implica este compromiso con el Reino por el simple hecho de ser hijos de Dios. “Los misericordiosos, con su acción compasiva, la que sea en cada momento y circunstancia, transparentan a Dios y hacen palpable su acción en medio del mundo” (Sáez de Maturana, 2014, pág. 523).

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mt 5, 8)

Una segunda actitud del que opta por el Reino es la pureza de corazón; es una actitud más interna que externa; tiene que ver más con la mente y la conciencia propias. El volcarse hacia los demás, consolar a los que sufren y saciar a los necesitados es propio de un corazón limpio, es propio de Dios. Los limpios de corazón trascienden la idea de pureza e impureza contenida en las personas u objetos; va más allá de una disposición a celebrar la liturgia o a recibir un sacramento. Jesús mismo revela el significado de ser limpio de corazón, pues es “un hombre íntegro, que pasó su vida haciendo el bien, que estuvo en medio de los hombres como el que sirve, gratuita y desinteresadamente, resistiendo toda tentación de poder” (Sáez de Maturana, 2014, pág. 524).

Dentro del proceso catequético, esta dimensión del Reino llevaría a una transformación de la persona y de su realidad, en donde el testimonio de la comunidad de fe es clave, y las relaciones con los demás sean cargadas de ternura, para hacer el bien, disponerse a servir y permanecer junto a los demás, en especial a lo más necesitados. “El verdadero conocimiento a Dios se

vertebra desde dos actitudes que son: la limpieza de corazón y la misericordia” (Sáez de Maturana, 2014, pág. 526).

Bienaventurados los que buscan la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. (Mt 5, 9)

Esta penúltima bienaventuranza de Mateo deja ver la actitud del cristiano que busca incansablemente la paz, no para sí mismo, sino para los demás. Es una actitud propia de Dios y Jesús la demuestra en toda su vida, ya que pone en tela de juicio la supuesta paz del mundo que se logra con la violencia y la guerra, y antepone la paz del Reino mediante sus relaciones con los demás, porque pasó por este mundo haciendo el bien. La paz del Reino es a la vez conflictiva, porque al buscar la felicidad de los demás, encara a los mismos opresores quitándoles su propia paz; genera lío en los violentos. “He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto quisiera que ya estuviera encendido!” (Lc 12, 49). Es por eso que “Jesús asegura que quienes son pacificadores, quienes edifican la paz, o sea, quienes trabajan por la felicidad, la dignidad y la libertad de los hombres son felices, porque, antes que nada, tienen a Dios de su parte” (Sáez de Maturana, 2014, pág. 527).

La catequesis debe llevar al reconocimiento de ser hijos de Dios, no para ejercer poder en la tierra, sino, todo lo contrario, para servir y fomentar esa paz tan anhelada del Reino. Puesto que “Jesús es el Hijo de Dios: ha nacido de él, actúa como él, se sabe amado por él” (Sáez de Maturana, 2014, pág. 527), así también el cristiano, que vive el Reino, se reconoce como hijo en el Hijo. Así, recorrer todo el camino de las bienaventuranzas es la forma como se puede ser en verdad hijo de Dios, pacificador en el mundo.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos (Mt 5, 10)

En esta bienaventuranza la radicalidad del Reino muestra su total firmeza y claridad: la persecución. “Aquellos que son fieles a Dios y a los hombres, en la línea de la primera bienaventuranza, no deben esperar aplausos ni reconocimientos por parte de la sociedad. Han de esperar solo la persecución” (Sáez de Maturana, 2014, pág. 528). El Reino de los Cielos le pertenece a los pobres de espíritu, a los mansos, a los que lloran y consuelan, a los que son misericordiosos, a los limpios de corazón y a los que buscan la paz de los demás, porque actúan como Dios, viven a Dios y lo dan a conocer. Y ante este mundo, lleno de injusticias y opresiones, el actuar de Dios no es normal, porque su Reino no está completo y por ende se persigue. Las bienaventuranzas concluyen en la alegría de la persecución por la fidelidad al Reino. Y Jesús es claro ante esta situación, porque este mundo celebra la mentira y la muerte y condena la alegría del Amor.

Por consiguiente, la educación de la fe dentro de la catequesis debe preparar al cristiano a conocer el Reino de los Cielos, a creer en esta Buena Nueva, a vivir para el Reino y así continuar con la difusión y comunicación del amor del Padre que se da como un don gratuito y que está a la espera de la respuesta de los bautizados en la fe y partícipes del cuerpo de Cristo. Que todo cristiano esté dispuesto a sufrir por el Reino.

Las parábolas del Reino

Dentro de la educación de la fe, el aspecto comunicativo de la experiencia cristiana es fundamental; es la fe misma que se da a conocer, como un estilo de vida que lleva a actuar en

favor de la transformación de la realidad desde los mismos valores del Reino de Dios. La educación de la fe tiene en cuenta la realidad de los cristianos, donde el mismo catequista se deja tocar por ellos desde su compromiso de fe. Al interesarse en la realidad que se vive, ayuda a crecer en la libertad y en el amor. La pedagogía de la fe forma para vivir y edificar el Reino. Entonces, dar a conocer la fe por medio de la catequesis es una labor compleja, de la que se requiere no solo el transmitir a diestra y siniestra el mensaje evangélico, sino de tener en cuenta los contextos y las realidades que cada sociedad e individuo vive, puesto que el sentido del mensaje cambia según la propia cultura y experiencias de fe.

Inicialmente hay que tener una base dentro de esta pedagogía cristiana, que es el mensaje de Cristo de construir el Reino de Dios mediante el mandamiento del amor. El Reino de los Cielos es consecuencia de un compromiso a plenitud con el mensaje evangélico. La felicidad del hombre es este Reino de Dios. Pero ¿cómo transmitir este mensaje y dar a conocer la experiencia de fe de las personas ante el misterio de Cristo? Seguir el ejemplo de Jesús, enseñar como él lo hizo, acercándose a sus discípulos y hablándoles en términos comprensibles y llenos de confianza, siendo coherente con su enseñanza y su actuar, como bien se presenta en Lc 24, 27: “Y empezando por Moisés y continuando por los profetas, les fue explicando lo que decían de él todas las escrituras”. Aquí cabe mencionar que dentro de todo el pasaje de Los discípulos de Emaús, se presentan en Jesús diferentes características pedagógicas, como el acercamiento vv. 13-14; la escucha atenta vv. 17-24; enseñanza plena vv. 25-27; sin dejar a un lado el hecho de la comunicabilidad del aprendizaje dado por parte de los discípulos mediante este encuentro con Jesús vv. 28-35.

Jesús enseñaba el Reino desde un lenguaje tan cercano que las personas le entendían y comprendían, hasta tal punto de llamarlo “Maestro” y de reconocer en su palabra la autoridad de alguien que sabe de lo que habla y enseña por experiencia. Jesús habla de Dios porque vive a Dios. De ahí que el catequista tiene la tarea de enseñar estas cosas del Reino con autoridad y con un lenguaje cercano y sencillo como lo hizo Jesús. “Una parábola en labios de Jesús es una lección en colores al alcance de niños y adultos, sobre los más hondos enigmas del corazón humano” (Sáez de Maturana, 2014, pág. 487).

Dar a conocer la fe es de cierta forma complejo y extenso, requiere de un proceso largo, en el cual los mismos niños y jóvenes vayan descubriendo a lo largo de las catequesis el centro del mensaje cristiano, llevándolo a sus propias vidas. En este aspecto, el acercamiento y la compañía son necesarios dentro de la comunicación de la fe, y hablarles en términos de confianza es primordial. Usar, entonces, el método de enseñanza de Jesús no es ninguna mala idea, las parábolas entran a realizar un fuerte papel dentro de esta comunicabilidad de la fe a los niños. Las parábolas permiten identificar los valores del Reino, de los cuales la justicia y el amor son el centro. “Con enorme paciencia, Jesús les enseña a captar con el corazón las señales de la presencia salvadora de Dios en las cosas corrientes de la vida, y, a la vez, su propia experiencia de Dios” (Sáez de Maturana, 2014, pág. 491). La pedagogía de Jesús muestra el camino a tomar para la educación de la fe.

Las parábolas mismas pueden ser orientadas por temas específicos para dar a conocer la fe cristiana y educar en la construcción del Reino. Uno de los temas que narran las parábolas es el

amor, y en función de este aspecto central del Mensaje del Reino de Dios, se pueden hacer algunas agrupaciones.

- ✓ El amor de Dios: El amigo importuno Lc 11, 5-10; El hijo prodigo Lc 15, 11-32; Los trabajadores de la Viña Mt 20, 1-16; Los invitados a las Bodas Lc 14, 16-24.
- ✓ El amor de Jesús: La oveja perdida Lc 15, 1-6; La moneda perdida Lc 15, 8-10.
- ✓ El amor propio: La casa sobre roca Mt 7, 24-27; El sembrador Mt 13, 3-18; Los talentos Lc 19, 11-27; El tesoro escondido Mt 14, 44.
- ✓ El amor al prójimo: El fariseo y el publicano Lc 18, 9-14; El siervo sin entrañas Mt 18, 23-35; El buen samaritano Lc 10, 25-37.

Las parábolas son una excelente forma de presentar a los niños y jóvenes el Reino de los Cielos, por medio de estrategias didácticas para que puedan percibir mejor el mensaje. Finalmente, es necesario enfocar las parábolas en el contexto actual en que viven los niños y jóvenes, pasar todas esas enseñanzas de Jesús a la vida de cada uno de ellos, de forma que ellos mismos vean en sus experiencias semejanzas con estos relatos evangélicos y hagan de sus vidas un proyecto realizable de la bienaventuranza, enfocando la radicalidad de la opción cristiana por los pobres y menos favorecidos.

CONCLUSIONES PARA UNA CATEQUESIS SEGÚN EL REINO DE LOS CIELOS

La catequesis de iniciación cristiana, hoy día, ha de tener una conversión en su misión y su pedagogía para que pueda responder a los valores e intereses del Reino de los Cielos. Una catequesis que afiance en la fe y promueva la construcción del Reino acá en la tierra. El problema no está en el mensaje por compartir, sino en la forma como se está haciendo. En ella entra en juego la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace, es decir, el ejemplo de vida en Cristo. Es preocupante la forma como se catequiza, mediante conceptos memorizados, mandamientos impuestos, sacramentos recibidos sin una experiencia de fe reflexiva, dictando un mensaje de liberación y salvación descontextualizado. Esto no ha hecho más que encerrar la fe cristiana en un cumplimiento de rituales y celebraciones que no son llevadas a la propia vida, de manera que interpele y conduzca a una conversión tanto personal como social desde el Reino.

Entra entonces en juego el papel del catequista: llevar a la propia vida el evangelio, de forma que con la vida misma se evangelice y se dé a conocer el verdadero rostro de Jesús. Predicar a Jesús es, entonces, actuar según Jesús. Aquí se encuentra un camino a seguir, una ruta de evangelización marcada desde la vida de Jesús, que lleva a la construcción del Reino de los Cielos, que no toca solamente los sentimientos, sino que lleva a la misma conversión, acción y opción por los menos favorecidos de este mundo.

Este camino a seguir está marcado por el deseo profundo de glorificar a Dios mediante la dignificación de las personas. Las bienaventuranzas trazan la ruta para lograr ese objetivo: la misericordia, el amor, la justicia, la comprensión, la paz, la reparación, la inclusión, la felicidad humana. Eso es Evangelio, y si se vive, se hace Reino. Dentro de la labor evangelizadora, lo

central es la vida de Cristo, de forma que, mirándolo a él, impulse en la fe a una acción de conversión. Desde la opción por la pobreza espiritual, el cristiano siente, vive, en su propia carne, las injusticias de este mundo y, habiendo tenido misericordia, sacia el dolor y el llanto de tantos que viven sin esperanza alguna; muestra a ese Dios que ama tanto, que se hizo uno con el hombre.

Pero la catequesis también tiene como tarea discernir la forma como comunicar el Reino dentro de la educación de la fe; por eso entra en juego la propia pedagogía de Jesús, la cual “tiene como centro a la persona humana y está orientada a su realización en plenitud” (Peresson, 2012, pág. 44). Jesús educa para amar la vida, por eso enseña cómo admirarla, agradecerla, respetarla, protegerla, cuidarla, curarla y hasta entregar su propia vida para glorificarla.

El amor educativo, que en Jesús se hace amistad, ternura, compasión, y que caracteriza su relación pedagógica, tiene su raíz y es un reflejo de su relación de amor profundo y permanente con su Padre (*de tal forma que*) el discípulo empiece a vivir diferentemente y a actuar de un modo nuevo a la manera de Jesús (Peresson, 2012, págs. 53-57).

BIBLIOGRAFÍA

- Alberich Sotomayor, E. (2009). *Catequesis evangelizadora*. España: Editorial CCS.
- Benavides, L. (2008). *Metodología catequística para niños*. Madrid: Publicaciones Populares Cristianas.
- Cardenal Koch, K. (2012). ¿Misión o des-misión de la Iglesia? En G. Augustine, *El desafío de la nueva evangelización* (págs. 39 - 86). Santander: Sal Terrae.
- Castillo, J. (2004). *El Reino de Dios por la vida y la dignidad de los seres humanos*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Conferencia Episcopal de Colombia. (1993). *Catecismo de la Iglesia Católica*. Città del Vaticano: Librería Edictrice Vaticana.
- Congregación para el Clero. (1990). *Directorio General para la Catequesis*. Città del Vaticano: Librería Editrice Vaticana.
- Dupont, J. (1990). *El mensaje de las bienaventuranzas*. Navarra: Verbo Divino.
- Francisco, P. (2013). *Carta Encíclica Lumen Fidei*. Città del Vaticano: Libreria Edictrice Vaticana.
- Gelabert Ballester, M. (1992). Fe. En A. Torres Queiruga, *10 palabras clave en Religión* (págs. 225-251). Navarra: Verbo Divino.
- González, J. I. (2010). *Diccionario manual teológico*. España: Editorial CLIE.
- Le Poittevin, P. A., & Charpentier, E. (1987). El Evangelio según San Mateo. En P. A. Le Poittevin, & E. Charpentier, *El Evangelio según San Mateo* (pág. 30). Navarra: Verbo Divino.
- Monroy Rueda, F. J. (2013). La formación ética cristiana. *Reflexiones Teológicas*, 49 - 62.
- Peresson, M. L. (2012). *A la escucha del Maestro*. Bogotá: EDU-CLAR.

Sáez de Maturana, F. J. (2014). *Jesús, volver a los comienzos*. Madrid: EDIBESA.

Santidrián, P. R. (1993). *Diccionario básico de las religiones*. España: Verbo Divino.

Siciliani, J. (2012). *Repensando la Catequesis*. Bogotá: Universidad de La Salle.